



LA LITERATURA DE MASAS EN (POR) LA ACADEMIA

[Reseña de *En los márgenes del canon. Aproximaciones a la literatura popular y de masas escrita en español (siglos XX y XXI)*, Ana Cabello, Miguel Carrera, Malvina Guaraglia, Federico López-Terra, Cristina Martínez-Gálvez, eds., Madrid, CSIC (Arbor)-Catarata, 2011]

GUILLERMO LAÍN CORONA

UNIVERSITY COLLEGE LONDON

Se quejaba Ortega a principios del siglo pasado de la rebelión de las masas, haciéndose eco de la tradición liberal ilustrada. El individuo es la piedra angular del liberalismo, y se le considera como una entidad singular y, por ello, diferente. No diferente ante la ley o por razón de raza o sexo, que son cualidades colectivas ajenas a la voluntad individual, sino en aquellas características personales, definitorias de la idiosincrasia de cada uno. Todos los individuos deben poseer las mismas oportunidades para realizarse como tales. Pero, en esta realización, sólo unos pocos logran sobresalir en diferentes aspectos y, desde el punto de vista ilustrado, los más sobresalientes son los que han desarrollado virtudes intelectuales extraordinarias. A estos individuos les corresponde el papel de guías de la sociedad: su criterio sirve de modelo para el criterio de la mayoría, incluyendo el perfil del buen gusto, y su mayor capacidad les habilita para el papel de líderes políticos. La rebelión de las masas es el momento en que se invierte este modelo, y son estas las que imponen su criterio y su voluntad frente al criterio y a la voluntad de los hombres egregios. El problema de esto, para Ortega, es que, por su propia naturaleza, la masa disuelve al individuo, y por su número y homogeneidad no está dotada ni puede alcanzar la excelencia necesaria para la

formación de un buen criterio y para la toma de decisiones correctas. Una sociedad de masas es una sociedad intelectualmente inferior y políticamente propensa a la equivocación.

A ojos de nuestra sociedad postmoderna (que lo lleva siendo incansablemente desde los años 70, haciendo cada vez más incoherente ese *post*, ya de por sí incómodo: ¿hasta cuándo va a ser *post*?, ¿qué hay después de lo *post*?) y ahora que damos por hecho la democracia de sufragio universal, este punto de vista puede parecer presuntuoso. No cabe aquí entrar en política, pero nótese cómo las reivindicaciones populares de los últimos años, como el 15M, asumen el criterio de la mayoría, de la masa reunida en la plaza, como el mejor mecanismo de toma de decisiones. Por lo que aquí nos atañe, ya hace años que la literatura, el arte, el cine y, en general, la cultura de masas ha dejado de verse con la minusvaloración tradicional y que la generación de Ortega consolidó con postulados liberales ilustrados. En la academia, ya se estudian *artefactos* (por llamarlos de algún modo genérico) culturales como video-clips y anuncios de televisión. La filología se reconvierte en *cultural studies*, poniendo en relación la literatura escrita con el cómic o el *blog*. Y he aquí un libro promovido por el CSIC sobre literatura popular y de masas. Los (¿demasiados?) editores, en la introducción, no se equivocan cuando justifican la publicación de este libro por la importancia que el estudio de la cultura de masas está adquiriendo en el ámbito académico. Pero habría que añadir: libros como este son necesarios por lo importante que es conocer la historia en todas sus dimensiones, incluida la popular y de masas, para un entendimiento *real* por completo de la humanidad en todas sus épocas.

Sin embargo, el libro, a pesar de su loable objetivo, tiene sus luces y sus sombras. Se trata de una recopilación de artículos, y la calidad varía mucho entre ellos. Desde el punto de vista sociocultural, es muy atractiva la aportación de Luis Pablo Núñez sobre “Los grupos editoriales y su influencia en la creación de los cánones literarios actuales”, en el que analiza con abundancia de datos y rigurosidad lo que precisamente sugiere el título, así como el poder (a veces monstruoso) de las editoriales en España. Sin embargo, al libro electrónico, que es uno de los caballos de batalla de nuestro mundo actual, le dedica apenas una página y media. Claro que ello no es un verdadero problema, ya que metodológicamente el autor advierte que se va a centrar en “el libro como objeto físico y material que se fabrica, se distribuye y se vende, con un

lugar para su venta y un público comprador dentro de un mercado” en el período 2007-2012 (p. 33). En todo caso, pues, la escasa atención al libro electrónico lo que evidencia es lo recientemente y lo rápido con que este mercado está cambiando.

La contribución de Blanca Ripoll, “La «luminosa literatura». Aproximación desde la revista barcelonesa *Destino*”, es una lograda aproximación a la historia *real* de la literatura que ha de darse a conocer. Analiza aquí esa literatura amable (de humor, de aventuras, policíaca, rosa) que no se enfrentaba al franquismo y que era consumida por el grueso de la población. Con la aportación de un buen número de títulos y autores, y con un análisis riguroso y metodológicamente consistente, se desmiente la imagen aparentemente extendida, al menos (o especialmente) en los manuales de literatura de secundaria, de que en la inmediata posguerra todo fue, digamos, Cela y el tremendismo (temas en los que Ripoll, por cierto, es especialista). En una línea parecida, Diego Santos hace una interesantísima y amena descripción de la sociología *real* del teatro durante el franquismo, y en especial del teatro de grandes audiencias, en lo que atañe a las (a veces inverosímiles) fechorías de los censores del franquismo.

Entre luces y sombras se encuentran varios capítulos sobre novela de masas que se complementan recíprocamente, puede que sin quererlo. Maarten Steenmeijer (“¿Miedo de tocar? Los críticos frente al *best-seller*”) pone magistralmente de manifiesto cómo la crítica tanto académica como periodística está perdiendo el miedo a hablar, incluso positivamente, de la novela (valga el apelativo) comercial, aunque no aborda y deja con ganas de saber cuáles son las características de la narrativa de este tipo. Se trata de una carencia minúscula, no sólo porque el artículo está muy bien argumentado y desarrollado, sino porque al fin y al cabo su intención era extraliteraria, no de análisis del género. En todo caso, la carencia se suple en parte con el artículo posterior de Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (“De la novela rosa a la *click lit*”), al analizar uno de los subgéneros del best-seller, el de la novela rosa. Claro que es un análisis superficial: con poco más de cinco páginas, el artículo ofrece una caracterización mínima y casi se limita a una lista de títulos, con el inconveniente añadido de que aborda por añadidura la telenovela y se refiere sorprendentemente a la saga de *Millenium*. La sensación que da es que dice en muy escaso espacio y profundidad algo que requeriría más análisis. De un modo parecido, Javier Sánchez y Álex Martín, en su artículo sobre la novela policíaca, no analizan el género en sí, sino

sus aspectos extraliterarios, aunque esto no debería ser un problema ya que así lo advierte en el título: “Del quiosco al *best-seller*: La novela policíaca en España”. Pero es que de España sólo habla a partir de 1970, y con un análisis fugaz. Por su parte, Basilio Pujante en “Vigencia de la novela del Oeste en el siglo XXI” sorprende para bien por el tema que aborda (¡quién diría que todavía hoy se escribe y se publica novela del Oeste... y en España!), pero en vez de un análisis original, se limita a hacer un comentario/resumen de otros estudios. La aportación original, interesante por otro lado, es una breve relación de datos que demuestran la (escasa) vigencia del género en España, y concluye: “¿Se trata de un género que apenas se cultiva y que cada vez se lee menos, pero que algunos escritores y especialistas quieren reivindicar?” (p. 121). Y esto es muy inquietante para un libro de literatura de masas, porque ¿no será que la novela del oeste es hoy en realidad un género elitista de unos cuantos *culturetas* en busca de *frikadas*?

Como estos casos anteriores, un buen número de trabajos de *En los márgenes del canon* son extratextuales, se centran en cuestiones sociológicas más bien, lo que de algún modo viene a sugerir, haciéndole un flaco favor, que la literatura de masas no merece o no permite análisis intratextuales. ¿No se puede analizar el estilo, el contenido, los recursos narrativos de un *best-seller*? Sí lo hace el artículo de Isabel Clúa Ginés: “¿Damas, brujas y guerreras? Especulaciones de género en la fantasía española contemporánea”. La autora analiza con maestría y en detalle, con el sustento de la teoría feminista pero sin perder de vista la rigurosidad filológica, las características narrativas y temáticas de la novela fantástica en España, y muestra, de un modo convincente, que el rol femenino dentro de este género pone en cuestión en la actualidad el orden patriarcal tradicional, aunque se queja de que, a pesar de la cantidad de tópicos rotos, sigue predominando la historia de amor y la maternidad.

También entre las luces del libro puede destacarse el artículo de Apanchanit Viranuvat “De la literatura a la cultura de masas: la adaptación televisiva de la novela *Funcionario público*, de Dolores Medio, en los años sesenta”. Con un análisis detallado y crítico, metodológico y académico, aborda cuestiones como la influencia de la censura en los cambios que se realizaron en la trama de la novela al pasar a la pequeña pantalla, y las implicaciones estéticas y sociológicas de todo ello. Y Sonia Rodríguez Llamas, en otro lado, hace un estudio, también muy riguroso, de los rasgos caracterológicos del que

considera un nuevo género literario popular, el *blog*, mediante el análisis de diferentes *blogueros*.

Pero si estas son algunas de las luces (a pesar de alguna sombra) de este libro, hay ejemplos de oscuridad sin remisión. Oscuro, literalmente, es Serge Salaün, a pesar de su célebre trayectoria profesional en la academia y en el tema en cuestión. Su artículo “El público de los espectáculos (mal llamados) menores (1875-1936)”, ante todo, tiene errores de expresión, como “Hacia 1900, en Madrid hay un asiento *para 19 habitantes” (141) (lo correcto, por el contexto, habría sido *un asiento por cada 19 habitantes*). Es comprensible que un hispanista extranjero tenga giros no usuales en castellano, pero los editores deberían haber intervenido de algún modo. En cualquier caso, su argumentación es difícil de seguir, y en bastantes ocasiones hace afirmaciones rotundas que requerirían de justificaciones que no ofrece: “Por razones evidentes, el género chico sirve los intereses de las clases dominantes; y es un poderoso instrumento de cohesión social (pregona la sumisión de las clases bajas ante unas clases dirigentes competentes y benévolas), de cohesión nacional (unitaria, antiseparatista, españolista) y de cohesión patriótica (apoyo a los esfuerzos de guerras coloniales, en Cuba, Filipinas, Marruecos)” (p. 143). ¿Cuáles son estas razones evidentes? ¿Qué obras concretas (y cómo) pregonan la sumisión de las clases bajas ante las altas? En este caso, Salaün ofrece más adelante una nota al pie con intención aclaratoria de todo esto, pero es igualmente vaga: “Pensar en la producción de Benavente, paladino de un género chico «fino»” (p. 143). ¿En qué sentido y respecto a qué obras tenemos que pensar en Benavente? Y ¿para cuál de los tres aspectos propuestos (cohesión social, nacional, patriótica)? Da la impresión de que Salaün está dando en su artículo un resumen de algo que conoce muy bien, pero, como resumen, no se ha detenido a ser lo riguroso que estudios de este tipo requieren.

La misma falta de meticulosidad se halla en “¿Narrativas de ahora o de siempre?”, de Luis Díaz Viana. El artículo pretende ser un análisis de las leyendas urbanas, mostrando que son un género popular que se remonta a otros, como cuentos o leyendas populares pasadas. En el epígrafe en que analiza en qué se diferencian las leyendas urbanas de las otras, no da ni un solo ejemplo concreto, y un análisis así lo requeriría. Queda falto de argumentación decir lo siguiente sin ejemplos: “Pero la diferencia fundamental (si la hubiera, y yo creo que sí) no radica en una distinción entre leyendas y leyendas sino más bien entre cómo se cuentan leyendas hoy y cómo se

contaban con anterioridad. Dicho de otra manera, en el cómo y el porqué” (p. 223). Es verdad que en los epígrafes siguientes analiza estos cómo y porqué. Pero para el cómo sólo transcribe un ejemplo y para el tiempo... ¡ninguno! Con lo que al final sólo se apoya en lo que otros críticos dicen o han dicho, pero no en las fuentes primarias, y queda la sensación de si no será más que un resumen de ideas de otros, y no un análisis original.

Frente a las luces, las sombras de este libro apuntan, por lo general, a un mismo problema: análisis poco profundos o rigurosos, y por lo general hay una verdadera falta de sustento o fundamentación teórica/metodológica. Se echan de menos referencias a la antropología o a la sociología postmoderna de un Daniel Bell o un Gilles Lipovetsky, por poner dos nombres al azar de otros tantos posibles, y que tienen mucho que aportar al fenómeno de la cultura de masas. Se espera de un libro de este tipo (y más de un libro del CSIC) aportaciones de calado científico. Es cierto que ello es contradictorio con el tema que se trata, pero es que ¿no se puede estudiar la cultura de masas con rigurosidad académica? Muy al contrario, yo pienso que sí: porque es en el estudio pormenorizado (que, ¡ojo!, se encuentra en alguno de los artículos) donde debe apoyarse una buena comprensión de nuestro pasado *total*, incluyendo la cultura de masas. Es después de un estudio científico de este tipo cuando se ha de extender los resultados de un modo divulgativo y más (si se quiere) superficial.

Por otra parte, *En los márgenes del canon* parece no estar organizado con sistematicidad, como si se hubiera limitado a reunir artículos de diferentes procedencias y calidades, un poco sin cortapisas y sin un plan de conjunto. Ello se debe, sin duda, a que el libro resulta de haber recopilado las aportaciones de los diferentes participantes en el congreso de *Literatura popular y de masas en el ámbito hispánico: de la oralidad al best-seller (siglo XX-XXI)*, que tuvo lugar en el CSIC en febrero de 2010. Pero lo cierto es que libros recopilatorios de este tipo suelen partir y es deseable que partan, para constituir un libro como tal (que es lo que se pretende), y no unas actas, de un plan previo: el (los) director(es) planifica(n) qué subtemas (secciones) se van a tratar, y se buscan contribuciones adecuadas para cada sección. Este plan se suele explicar en la introducción. Sin embargo, aparte del tema, muy general por otro lado, de la literatura de masas y popular, no hay referencia a plan alguno en la introducción, y el libro, en efecto, no está ordenado por temas/secciones. Al menos, no explícitamente. Se nota que

los editores han intentado ordenar todos los artículos por afinidades más o menos débiles, y así se comienza por unos de tipo general (concepto de cultura popular y grupos editoriales: 2 artículos), se pasa a la novela (6 artículos), al teatro (2) y la poesía (2). Pero luego todo se va desarticulando este presunto orden, en sucesos (1), leyendas (1), otra vez novela (1), novela y cómic (1), radio y televisión (1), novela y televisión (1) y blog (1). Adviértase, en todo caso, la desproporción temática, que resulta un poco extraña para la intención del libro: dedicado a la cultura de masas y popular, sin embargo la novela es lo más tratado, siendo el género que, aunque en su versión *best-seller* es también de masas, es el más institucionalizado y tratado por la academia. Además, parece evidente, por el tema y por ser de un eminente académico, que el primer artículo se coloca en ese lugar como marco metodológico. Y, sin embargo, no termina de funcionar como tal.

En este primer artículo, “Invención y cultivo de un objeto científico: la cultura del pueblo”, Jean-François Botrel intenta hacer un resumen de la compleja noción de cultura y literatura popular y de masas y de su evolución diacrónica. Sin embargo, y aquí puede que inevitablemente por lo complejo del tema para tan poco espacio, su análisis se queda, de nuevo, a nivel superficial, y él mismo lo reconoce cuando, en una nota al pie al comienzo, señala: “En esta visión panorámica, recojo algunas ideas e informaciones de algunos estudios míos o colectivos anteriores [...], donde se encontrarán las referencias bibliográficas no reproducidas en este trabajo” (p. 15). En efecto, su discurso es muy atropellado, carece de ejemplos ilustrativos y en cada una de las épocas se detiene escasamente. Botrel ha hecho un resumen de sí mismo, y no se ha molestado siquiera, como él mismo reconoce, en ir poniendo las referencias bibliográficas que sí pone en otros trabajos.

O sea, *En los márgenes del canon* es un libro-amalgama o compilación no sistemática de artículos, algunos muy interesantes y bien contruidos, con otros en cierto modo cojos o superficiales. Sorprende que entre estos se encuentren los de algunos académicos de prestigio, como Salaün o Botrel, lo que sugiere que han podido contribuir al libro con algún refrito de trabajos propios previos, sin mucha elaboración. La hipótesis es plausible si de lo que se trata es de ponentes de honor al congreso sobre el que se basa el libro.

Para concluir, me permito una reflexión en torno al quehacer científico de las humanidades. Ortega pudo equivocarse, como su generación en general, en su desdén ilustrado, liberal, elitista por la cultura de masas. Esta es una manifestación de las sociedades humanas fundamental para nuestra comprensión de las mismas, para un entendimiento global de la historia, y muchos de sus productos creo que son admirables independientemente de su valor sociológico-histórico, esto es, como productos de tanta importancia cultural y estética como los de la llamada alta cultura. La cultura de masas, por tanto, debe estudiarse, y debe ser tratada con respeto y admiración. Pero he aquí la paradoja: a pesar de ser una cultura popular, para una comprensión profunda de la misma, puede y debe ser tratada con la rigurosidad de la ciencia, que ejercen unos pocos (por suerte, menos pocos que hace in siglo, pero pocos en comparación con el grueso social). Ortega, desde este punto de vista, tiene más razón de lo que parece: los científicos de las humanidades (que son intelectuales) detentan un criterio de algún modo superior, o al menos más válido (por científico), incluso en lo que a cultura popular se refiere. Para evitar la autocomplacencia de Ortega (el elitismo de los intelectuales), la clave está en aceptar un equilibrio, que implica la aceptación de objetos de estudios tradicionalmente desdeñados y la divulgación de los resultados, para que no se queden enclaustrados y criando polvo en la academia. No se puede continuar la misma filología rancia, casi decimonónica, ni un tipo de crítica intelectual críptica, a lo Derrida, ajena al mundo y/o desdeñosa de la cultura popular. Pero tampoco se puede caer en la descripción superficial, sin aparatos teóricos o metodológicos, una pseudociencia que no analiza en profundidad, en la línea de ciertos *cultural studies*. Se trata de comprender la Historia con mayúsculas, todas sus facetas, incluyendo las populares y de masas; sin perder de vista la metodología, la profundidad, pero sin caer en un intelectualismo absurdo; con un grado de especialización para expertos, pero buscando una posterior divulgación de los resultados. No hay que ser ratones de biblioteca. No hay que ser periodistas. Hay que ser lo que somos: profesores, que primero investigamos y luego enseñamos.